

073. El Dios que promete

¿Está bien buscar y amar a Dios por lo mucho que Él nos promete?... Si le llegamos a hacer esta pregunta a Teresa del Niño Jesús le habríamos dado un disgusto. Porque ella cuenta la repugnancia con que rezaba aquellas palabras de un salmo: *Inclino mi corazón a cumplir tus mandamientos, por la recompensa que me espera* (Salmo 118,112).

Dejemos a la bendita santa en su generosidad sin límites; para ella, a Dios se le ama por ser Dios, y nada más. Quien ama a Dios tan de veras, hace siempre suyos los versos famosos: *“Aunque no hubiera cielo yo te amara... No me tienes que dar por que te quiera..., pues aunque lo que espero no esperara..., lo mismo que te quiero te quisiera”*.

Esto, que es formidable, no nos impide el que abramos la Biblia para encontrarnos a cada paso con las promesas más espléndidas que Dios hace a los que lo aceptan, a los que creen en Él, a los que le obedecen. Y añade siempre que Él es el *Fiel* que cumplirá su palabra, que lo que promete lo da, que antes dejarían de existir el cielo y la tierra que dejar de darnos lo que nos ha prometido.

Para atraer a los hombres, las promesas de Dios a sus fieles en el Antiguo Testamento eran siempre terrenas, del orden temporal, cifradas en la abundancia de bienes, en la vida larga y feliz, en la prosperidad y el buen nombre... Todo cosas materiales, para darse a entender. Pero eso era provisional. Llegaría día en que el mismo Dios cambiaría de lenguaje...

Efectivamente, viene Jesucristo, y las promesas divinas cambian por completo. Jesucristo no hablará nunca de bienes materiales. Todas sus promesas las podemos cifrar en su frase más famosa a los que todo lo dejan por Él y por el Evangelio: *“Recibirán el ciento por uno en este mundo, y después la vida eterna”*. Ese ciento por uno prometido es del orden de la Gracia, en bienes espirituales. Y, encima, ¡vaya coletilla cariñosa que añade el Señor! Ese *ciento por uno* irá *“junto con persecuciones”*, para que lo tengan en cuenta los valientes que le sigan... (Marcos 10,30)

Al final, eso sí, estará la *vida eterna*, bien segura, cúmulo de todos los bienes en que el hombre puede soñar, y en la cual quedarán satisfechos todos los anhelos del corazón. Este es también el programa de las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús: - *¡Dichosos, dichosos, dichosos..., porque después de la pobreza, de las lágrimas, de las persecuciones, de los trabajos por la paz... la recompensa será grande en el Reino de los Cielos!* (Mateo 5,3-12)

Siempre que se habla de las promesas de Dios hechas por Jesucristo en el Evangelio, se recurre a la comparación entre Dios y el mundo, el enemigo de Dios. Uno y otro prometen; uno y otro cumplen. Pero la diferencia entre la promesa y el cumplimiento del uno y el otro no tienen que ven nada entre sí, sino que establecen una diferencia insondable.

Empecemos por lo negativo del mundo. Las ilusiones de la vida, de una vida de espaldas a Dios, ¿qué traen? En un principio, todo son halagos, sonrisas, disfrute... ¿Después? Todos lo sabemos. Aquel joven exclamaba después de un Retiro, en el que había visto claras las cosas: *¡Mundo, tú eres un traidor, y yo soy un imbécil!*... Aunque todo vaya bien al principio, al final no quedan sino los remordimientos amargos. El

mundo no cumple con dar lo que promete, porque es esencialmente mentiroso, como Satanás, el padre de la mentira que lo gobierna y dirige.

Con las promesas de Dios pasa todo lo contrario. Al principio puede costar lo que Dios pide y manda; tiene una corteza amarga, pero entraña dentro un fruto sabroso, conforme a la palabra de Jesucristo: *“Hallaréis el descanso para vuestras almas”*. Dios cumple lo que promete: da esa paz en la conciencia, que vale más que todas las dichas humanas; y la vida futura, desde luego, es lo más seguro que tenemos con nuestra fidelidad a Dios.

Esto entraña una gran fe en Dios, pues hay que fiarse de Él a toda costa. Tenemos la palabra de Dios, y sabemos que su palabra no fallará: lo prometió y lo hará.

Vaya un inciso gracioso, como ejemplo y comparación, del Padre San Francisco en sus Florecillas. Llega el bendito Francisco a una pequeña iglesia cerca de Rieti y se congrega allí una gran multitud de gente. La viña que pertenecía al Párroco queda invadida y destrozada. El Cura, naturalmente, está que echa chispas. Pero Francisco, dolorido y humilde, le consuela:

- *Padre carísimo, ¿cuántos toneles de vino le da esta viña cuando hay buena cosecha?*

- *Diez toneles.*

- *Bien, no te enfades; deja a esta pobre gente y a este pobrecillo comer uvas estos días, y de parte de mi Señor Jesucristo te prometo que este año tendrás el doble, veinte toneles de la mejor cosecha.*

Llega la vendimia, y el Cura, furioso, no recoge más que un cesto de miserables racimos. *¡Vaya la promesa de ese Fray Francisco, aunque la hiciera en nombre de Jesucristo!* Pisa los racimos en el lagar, y un solo cesto de uvas le daba, ante sus ojos asombrados, los veinte toneles del vino más generoso...

Dios no falla en sus promesas. Hemos empezado con Teresa de Lisieux, y con ella acabamos. No miraba la santita las recompensas divinas, pero tenía buena experiencia de ellas. Encerrada en su convento de clausura, enferma, clavada en la cruz, y, sin embargo, pudo escribir, ante la dicha que le embargaba: *Dios no se da sino a los que se contentan con Él. Pero a éstos, ¿cómo se les da!...*

Esperar en las promesas de Dios no es egoísmo nuestro sin más. Es una glorificación de Dios. Porque reconocemos con ello que Dios es grande, que Dios es nuestra plenitud, que sólo Dios tiene felicidad infinita, y esa felicidad es la que nosotros queremos agarrar con nuestras manos y hacerla nuestra...